

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8443

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Dumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 162.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION. MEDIERAS 4.

Sábado 28 Diciembre de 1889

ECOS DE MADRID.

27 Diciembre de 1889

Sin salud no hay alegría. Apesar de la broma con que se le tratase la enfermedad reinante, á pesar de los chistes á que se presta, los que bromean y los que se ríen, como todo cuanto nos rodea desde hace ya bastantes días, ofrecen en el fondo una tristeza desconsoladora.

Las enfermedades no son cosa de juego; los que por abandono se han dejado influir por la *influenza* han visto que el catarro inspirador de tantas batadronadas, de tantas frases chispeantes, es algo más que uno de esos sencillos resfriados que se combaten con un día de cama y unos cuantos suorificios, y como no podía menos de suceder, la risa ha desaparecido ante el temor y hasta los que han pasado la enfermedad y han entrado en franca convalecencia, notan que han perdido fuerzas, que han quedado en sus nervios, en sus músculos y hasta en su espíritu, decaimientos y melancolías. Este cuadro se repite, se multiplica en todos los hogares y produce en conjunto ese otro cuadro todavía en la apariencia burlesco, pero en el fondo profundamente triste.

Ni el sorteo de Noche buena, ni la fiesta de Navidad, han consagrado este año á hacer olvidar siquiera el penoso estado de zozobra y de malestar en que vivimos.

Cesaron los periódicos de publicar las listas de las notabilidades más ó menos legítimas que tienen que guardar cama por haber recibido el *trancazo* ó para curar las convalecencias del *dengue*. Mientras se creyó que la cosa no valía la pena de tomarla en serio, hasta los médicos entraban en las casas preguntando:

—Cuántos, cuántos son los que han caído?

Si veía que uno.

—Bahl contestaban. Por uno se empieza á contar. Todos irán cayendo.

—Doctor, nos alarma V

—Mal hecho en alarmarse. Es una enfermedad que no mata. Ofrece dos ó tres días de reposo, de cama que en estos tiempos y con estos fijos sabe tan bien, luego una semana de convalecencia.

Antes estas promesas de la ciencia cómo no desear ser de los predilectos de la enfermedad de moda?

Pero después se ha visto que esa indisposición no es sin razón denominada la *influenza*. La ejerce y poderosa en el desarrollo de una segunda enfermedad, la peculiar de cada organismo y esta es la grave, la que exige los mayores cuidados, la que puede tener funestas consecuencias si desde el primer momento no ve claro el médico que nos asiste. La *influenza*, *grippe*, *trancazo* ó *dengue* es el prólogo digno de un asno. Al atacarnos en todo el organismo á la vez, deja sensible aquella parte de él más vulnerable. La cabeza en unos, el pecho en otros, el estómago en estos, el hígado en aquéllos; lo más débil, lo más expuesto á ataques, queda herido desde el primer momento y sigue padeciendo á veces traidora y recatadamente, cuando parecen haber desaparecido los síntomas

del *trancazo*. De aquí las complicaciones y las desdichas como las que lloran las familias del malogrado catedrático señor Sánchez de Castro y la del no menos sentido Sr. Rico y Vallarín, catedrático también, hijo del ilustre profesor Sr. Rico y Sinobas, joven y de brillante porvenir.

Pero no quiero proseguir este orden de consideraciones porque harta tristeza reina en todas partes y porque más que engolfarnos en este espectáculo conviene variar de horizontes y buscarlos risueños, preservativos que la higiene aconseja contra todos los males, lo mismo los que afligen el alma que los que laceran el cuerpo. Ni los alardes y el abandono, ni las tímidas aprensiones y la reclusión—já que algunos se entregan Siempre es la salvación—el término medio.

Por fortuna los premios de la Lotería de Navidad se han repartido este año con bastante equidad. Pasan de tres mil las personas que en España han disfrutado de los favores de la suerte. Dos ó tres que han pescado cada uno un millonaje, bastantes que han alcanzado diez, quince y veinte mil duros, muchos que se consideran dichosos con los quince, veinte, treinta ó cuarenta mil reales que han pescado. Además en México se repartieron dos millones.

Los que han perdido esperanzas y dinero, pueden tener la satisfacción de haber contribuido á la felicidad de los afortunados y á las meludibles ganancias del gobierno.

Contrasta con el estado de los ánimos el del cielo. Están haciendo unos días que nos envidiaría Niza. El sol nos abraza durante unas cuantas horas y luego deja el puesto á las terribles heladas.

De la lluvia tan deseada, nada nos dicen los barómetros.

En los círculos artísticos causa gran preocupación la enfermedad de Gayarre. Una fiebre pertinaz y bastante alta le tiene postrado en el lecho. La inquietud de sus amigos y admiradores es inmensa. Las listas se cubren de firmas. Hoy se habrá celebrado una consulta. La ciencia, el cariño y la admiración toman un funesto desenlace. ¡Cuidemos en su juventud y en el cuidado de que es objeto!

Julio Nombela.

DON VICENTE DE LA FUENTE.

Ha muerto el antiguo catedrático de derecho canónico Sr. La Fuente. Era de Calatayud, donde nació en los primeros años del siglo. Estudió en la Universidad de Alcalá y era quizás el único español que quedaba pudiendo ostentar el título de doctor por Alcalá.

Fué primero catedrático de Salamanca y de allí pasó á la Central. Ejerció el cargo de rector con general aplauso del claustro y de los estudiantes.

No tenía ninguna gran cruz, ni había sido diputado ni senador. Era individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia de la Historia. Sus obras principales, son: «Historia eclesiástica de España, Continuación de la España Sagrada del Padre Flores; Historia de la Iglesia de Aragón, Historia de las Universidades de España» y un tratado sobre la antigua comunidad de Calatayud.

Cuando el viernes último sufrió el ataque de perlesía de que ha muerto, se preparaba á escribir un artículo sobre los Trapenses en Aragón.

Su carácter era original é independiente. Se cuenta que en una ocasión no quiso volar como profesor auxiliar al candidato que era un marqués. Le preguntaron la causa y contestó: «Ese título de marqués es una presunción «juris tantum» de que no sabe derecho.»

Otro de sus actos como rector, que fue muy celebrado. Había un portero en la Universidad, ocupado en los menesteres más bajos del servicio, que nunca se enteraba de nada. Ocurrió un día un alboroto, y el rector señor La Fuente le llamó, preguntándole quiénes habían sido los causantes del alboroto.

El portero sin vacilar contestó:

«Señor, los hijos del duque Fernán Núñez, han sido los promovedores del escándalo.»

No era verdad.

Pero al rector le llamó mucho la atención la franqueza y el atrevimiento del portero.

A los pocos días ocurrió una vacante de Bedel y el Sr. La Fuente nombró al portero.

Los compañeros de claustro, que no se explicaban aquél ascenso, habiendo otros porteros de más méritos, le preguntaron el motivo.

Callen ustedes, decía Don Vicente, ¡me duele la plaza de bedel el hombre que no teme á los hijos de Fernán Núñez!

La Fuente es de los que tenían «cosas.»

Ha muerto pobre.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SIBILA.

Charada

Primera tres dos primera

De Miguelito Tenorio,
conté las atrocidades
cometidas por mi todo.

Las oyó sin inmutarse
al principio de mi exordio,
más luego pensando en ellas
livido mostró su rostro:

una tres segunda tercia
acudió Tenorio pronto,
porque tres segunda prima
pedía á gritos socorro.

A. A.

La solución en el número próximo.

INOCENTADAS.

Toda mi vida he sentido gran afición por el día de los Inocentes, porque el dar inocentadas me distraía mucho, pero he perdido en absoluto dicha afición. Para mí ya este día es como otro cualquiera.

Hay gentes tan susceptibles que cualquier cosa les molesta, gentes con quienes no puede gastarse una broma, aunque esta la obligue el día de las inocentadas.

El año pasado me desengañé y juré no embromar á nadie más, ni en este día ni en ninguno. Recibí el tercer disgusto por la cosa más inocente que cabe en un día como éste, y ya digo me costó una desazón que solo yo la sé. Voy á contar el caso. Mi suegro vive en Valencia como no sé si sabrán ustedes: sus negocios en arroz le obligan á vivir allí.

Cada medio año hace una visita por aquí para ver á su hija, como es natural.

El año último pasó entre nosotros la noche buena y el día de pascua, marchándose al

siguiente porque un contrato con una casa del extranjero le llamaba su presencia allá.

Llegado que fue el día de Inocentes, yo que me levanté de buen humor, me fui á la estación telegráfica y le escribí el siguiente telegrama: «Viruelas Felis: pocos desconfían, temo fracaso.»

Me parece que el parte no podía ser más inocente. Mi suegro se puso en camino, llegó y tuvo la alegría de ver á Felisa buena y sana á la que sorprendió su venida porque no sabía lo de mi inocentada.

Pues no crean ustedes que mi suegro me agradeció el placer que le di al encontrar á su hija en perfecto estado de salud. Hasta se permitió llamarme bruto.

Yo le hice las reflexiones propias en semejantes casos, tratando de persuadirlo de que era una inocentada, pero él que no ve más allá de sus narices (y es bien chato) no se dió por satisfecho.

El año 86, viví yo en Almería en una casa de huéspedes, y en ella habitaba una señora viuda de un carlista que murió de frío en medio del campo del honor.

Esta señora tenía 65 años y estaba estrechamente gruesa.

Tenía buen humor y hablaba mucho, sobre todo cuando se le tocaba la cuerda sensible de su marido.

Llegado que fué el día de Inocentes, yo tuve la ocurrencia de llenar la escalera de la casa con polvos de jaboncillo.

Hubo algunas caídas que se celebraron con risas y últimamente fué á bajar la viuda del carlista, cayó y se fracturó una pierna.

Todos en la casa supieron lo del jaboncillo y les hizo gracia la inocentada, menos á esa buena señora que tomó en serio la caída, sin hacerse cargo de que era una broma propia del día.

No podía entrar á verla, después de reducida la fractura, como los demás porque se ponía hecha una fierra.

A los ocho días, murió la infeliz del letanoso y aun hubo majadero que dijo que de todo tenía yo la culpa. Con ciertas gentes no se puede gastar una broma.

En otra ocasión tenía yo que enviar á un amigo 4.000 reales que me entregaron para dárselos en Barcelona donde él estaba y yo iba.

Llegué el día de Inocentes, y considerando que debía dar á ese amigo una inocentada, me compré un reloj y una cadena con sus 4.000 reales. Después fui casa del amigo, le enseñé la compra y le gustó extraordinariamente.

Entonces le dije lo de la Inocentada y lo del dinero.

Otro cualquiera se hubiera reído celebrando la ocurrencia; pues no señor: éste bárbaro me citó á juicio y el Juez que debería ser bastante romo, cuando no se hizo cargo de que todo respondía á una inocentada, me hizo devolver la suma, pagar las costas y oír un sermón que ni en viernes santo.

Lo que es este año no le doy inocentadas á nadie.

Hay quien las dá hasta en las vísperas del santo, y quien guarda cortesía á una semana antes y otra después para dárlas á porrillo.

Pocos días hace que me han dado á mí una, de bastante mal género.

El día 20 de este mes escribí una carta al director del ramo de loterías, que decía así:

«Señor Director del ramo. Soy padre.... padre: V. también lo es.... Hace 20 años que juego á la lotería de Pascua, un décimo, solo por mis hijos, como V. lo hará por los suyos; porque señor Director, soy padre, somos padres (enternézcase V. conmigo, señor